

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## QUIEN Y QUIEN

### El doctor Jordá: SOLIDARIDAD DEL HOMBRE CON EL HOMBRE

El pez grande se come al pez pequeño, decimos, sin pensar que este dicho puede aplicarse, a la increíble situación del mundo actual, donde el genocidio más grande evita que se hable del pequeño, donde la atención de todos, justo es, se fija más en la catástrofe mayor, sin preocuparse de las pequeñas, que no dejan de ser menos catástrofes ni menos terribles.

En esto pensábamos conversando con un ilustre médico mallorquín, el doctor Eduardo Jordá, el cual, sin reclamar, reclamando, nos hacía ver la inmensa tragedia de la población de Burundi, en el centro de África, situación que con todo y ser desesperada, nadie que sepamos para mientes en ella, porque hay otras peores quizá, quizá más apremiantes, o simplemente porque a Burundi le ha faltado la visita de periodistas de nivel internacional que «sensacionalicen» lo que ahora se ignora y desconoce, por medio de los periódicos, las pantallas televisivas, el cine, la radio.

Impecable en su mandil blanco, alto, muy alto, color de palojobo la piel, grandes bigotes, podríamos llamar al doctor Jordá un santo con bigotes. Santo, sí, santo, porque si antes los tocados de la gracia del bien se iban a los desiertos a meditar o se subían a las columnas de granito, eremíticamente, ahora hay personalidades de excepción que abandonan su bienestar, su familia, sus pantuflas calientes, su clientela, y se marchan a esos sitios en que no hay médicos ni cosa que se les parezca, bien que un curandero sí puede parecerse a un médico, y se dedican por un tiempo a prestar sus servicios y auxilios a gentes enfermas y totalmente abandonadas. Las vacaciones se las ofrece el doctor Jordá en Burundi, un pequeño país de 27.000 kilómetros cuadrados, con una población de cerca de 4 millones de habitantes, situado al noroeste del lago

Tanganica con fronteras con el Congo, Ruanda y Tanzania. Pues bien, Burundi, en el corazón de África, está olvidada de Dios y de los hombres, de la Cruz Roja, de la Cruz Azul, de la Cruz de Cristo, de la ONU, la FAO y la UNESCO.

¿Olvidado? Siquiera, olvidado para ciertas cosas y muy presente para todo lo que sea desafrikanizarlo, para todo lo que sea occidentalizarlo, europeizarlo, en lo que Occidente y Europa comportan de peor. Olvidado, sí, en lo que la vida tiene de más hermoso, la salud. En la sola especialidad del doctor Jordá existen en el diminuto Burundi más de 50.000 poliomielíticos, sin estadísticas no puede saberse exactamente, aparte de leprosos, tuberculosos, etc., etc. Estadísticas de etcétera, porque no hay otras en los países del tercer mundo.

¿Y qué se hace con todas estas enfermedades, con todos los casos agudos de males que son secuelas de otros traumatismos o se tienen por castigados por la divinidad, caso en el cual, las familias esconden, sepultan a sus enfermos? No se hace nada o se hace tan poco que no vale la pena y de aquí la importancia de la obra silenciosa que realiza el doctor Jordá. Abarca ésta una acción sobre el terreno, dirigida por él mismo, en las vacaciones africanas que se da, para curar, operar, fijar tratamientos a los enfermos de su especialidad, y otra, menos directa pero sumamente importante, la de preparar en Mallorca, bajo su control, enfermeras y personal joven, oriundas de Burundi, que puedan prestar sus servicios allá, en el hospital que para el efecto se proyecta construir, pues hasta la fecha sólo el obispo monseñor Ntuyabaja y el padre Verkest poseen un diminuto lugar donde atienden a 55 enfermos.

Toda esta obra, altamente cristiana, necesita el apoyo de las personas que ante tan terrible abandono de hombres, mujeres

y niños enfermos en Burundi, sientan que en el pecho se les mueve algo que puede llamarse corazón. Son, por de pronto, necesarios fondos para la construcción de un hospital en forma, con todos sus servicios, ya se cuenta con el terreno, y para mantener en España, en Mallorca, a esas enfermeras y estudiantes que se preparan para prestar sus servicios en el hospital proyectado. Que las grandes, grandes catástrofes que han asolado otros lugares de la tierra, que los huérfanos, por miles y miles, de la guerra de Vietnam, que el genocidio, el hambre, la miseria, la ignorancia en el tercer mundo, no se traguen estas otras situaciones angustiosas, estos otros focos de congoja humana, profunda y más, por olvidada, por ignorada de las instituciones internacionales, creadas para el efecto, pero más burocráticas que efectivas, de las iglesias y de los hombres de este mundo occidental que ya empieza a no consumir lo que produce, ahito, rebosante, mecanizado, más zoológico que humano.

¿A qué puerta tocar? A todas. Al final de nuestra charla con el doctor Eduardo Jordá le ofrecimos hacer este llamado a efecto de que sean muchos los que le ayuden en su empresa, los que colaboren con él, a fin de que se levante el hospital que amparará a tanto necesitado, proporcionándole tratamientos científicos a muchos niños y jóvenes poliomielíticos que ahora se pudren en sus carnes y sus huesos, sin esperanza, sin asistencia médica, y a fin de que no falten los fondos, ahora escasos, para la preparación de enfermeras y personal de servicio hospitalario. Por todos los caminos se llega al cielo, pero el único verdadero es el de la solidaridad del hombre con el hombre.

Miguel Angel ASTURIAS  
Premio Nobel

## LOS RIESGOS

### CONSIDERACION DE LA COBARDIA

PARECE como si la «sociedad» actual no fuese demasiado favorable a la producción de «héroes». Y al decir «sociedad» me refiero al tipo de vida que, de un modo u otro, y a trancas y barrancas, se va estableciendo en las zonas del mundo dotadas de un cierto desahogo económico. No negaré evidencias, desde luego: cada día el periódico nos informa de actos y de gentes cuya aplicación al «riesgo» resulta incluso espectacular. Unas veces se trata de episodios de lucha armada; otras, de peripecias deportivas; a menudo, de simples ejercicios delictuales. De hecho, no faltan individuos capaces de arrostrar una casi infalible posibilidad de muerte o de sufrimiento, voluntariamente —más o menos, claro— y por la «razón» que prefieren. Pero esto no es lo corriente. La inmensa mayoría de los ciudadanos tiende a eludir los «riesgos». Insisto en la palabra. Precisamente, una de las ilusiones que con mayor vehemencia comparten las multitudes de nuestro tiempo es la de conseguir un «status» de creciente seguridad. Desde el Código de la Circulación hasta los cuidados dietéticos o farmacéuticos, pasando por mil otras precauciones, todo se centra en la idea clave de alejar molestias de nuestro cuerpo y de nuestro ánimo. La expectativa de «morir con las botas puestas» no cuenta con el afecto popular. El deseo general es abandonar lo más tarde posible este valle de lágrimas, y hacerlo en una cama decente y con la debida resistencia técnica.

Ya sé que las cosas no funcionaban de otro modo en el pasado. Existen motivos más que suficientes para suponer que siempre hubo, entre la población vulgar, el propósito de «vivir», y de vivir sin excesivos agobios morales y —sobre todo— materiales. Nadie se chupa el dedo. Sólo que las circunstancias mandan, y las circunstancias raramente han sido propicias a la socialización de la comodidad y de la salud. Por eso, quizá, cuando no había otro remedio, abundaron los ascetas, los cruzados y los bandoleros. Y más personajes similares. La mortificación, la batalla, el duelo, el desplante «fuera de

la ley», eran «riesgos» que se asumían en un determinado nivel de indigencia colectiva. Esa misma indigencia había facilitado la ideología solemne, o la subideología cínica, que no sólo justificaba, sino que facilitaba tales actitudes. Y no acababa ahí el asunto. Ni acaba. Los «riesgos» de apariencia superflua, quiero decir, no ilustrados por nociones prestigiosas ni por la insolencia rebelde, fueron y siguen siendo un trámite vistoso. El torero, por ejemplo. «Mas orná da el hambre». Y, como el torero, el boxeador que carga con mamporros asesinos, o el acrobata del salto mortal. En la medida en que el hambre deja de embestir tan agriamente, estos oficios empiezan a ser descartados. Si alguna vez el área carpetovetónica se «desarrolla», los tradicionales «maletillas» renunciarán a la muleta: se integrarán en los escalafones de las fábricas o de la burocracia.

No. Tal vez el hombre no sea un animal tan «racional» como afirman los humanistas; pero, por la cuenta que les tiene, tampoco es un «imbécil». Desde que se sintió «hombre», ha hecho los máximos esfuerzos para aguantar el tipo: enfrentándose con una naturaleza hostil, y enfrentándose con sus congéneres habitualmente más hostiles aún. Ha inventado mitos como el de la «felicidad», por citar uno, que implica, en sí, una absoluta decisión de rehusar los laureles y las palmas del «heroísmo». En realidad, y por principio, es indecente exigir «sacrificios» que sobrepasen un límite «razonable» de aventura. Con una frecuencia escandalosa, los que exigen «sacrificios» a los demás, o no se los exigen a ellos mismos, o son personajes frenéticos y excepcionales... Me apresuro a hacer constar que estas constataciones no intentan postular lo que se llama «conformismo». Me ciño a describir la sinopsis de una situación, que más de una vez ha sido hipocritamente desvirtuada en su planteamiento. Lamento que el espacio no me permita descender a matizaciones, que, sin duda, serían necesarias. Pretendo insinuar que la humanidad ca-

rece de vocación «heroica», y que todo heroísmo es «a la fuerza». Porque los «héroes» —veíamos dispuestos a jugarse la vida por su «razón»— han constituido un factor histórico decisivo en la evolución social: en lo que se dice «la historia». ¡Y tanto! Pero de mala gana. Para «tener algo» ha sido inexcusable echarse al campo o a la calle. De acuerdo. Y suerte que haya ocurrido así. Pero...

Hoy día, las masas del neocapitalismo dan la impresión de ser increíblemente dóciles. Lo son: increíblemente. De todos modos, se comprende —guste o no— que lo sean. Por primera vez, la oferta tranquilizadora de recursos para la estricta «supervivencia» queda apuntada. Si el tinglado no se derrumba por su intrínseca entidad, hay neocapitalismo para rato. La alternativa tiene que ser tan «prometedora» o más, para que movilice a las muchedumbres. El tema, en este punto, se presta a vidriosos comentarios. Me abstengo de meterme en lío. Sea como fuere, la obsesión de la «seguridad» se impone. Es la aspiración natural de cada quisque. No el «heroísmo»: la aspirina. Un pequeño dolor de muelas, una neuralgia rutinaria, tienen esta mitigación. Desde un punto de vista elemental, allí vamos a parar todos: el «antiheroísmo» de cataplasma. Las sociedades de la superindustrialización —las socialistas también— descansan sobre la ingenua, eterna y efusiva esperanza que los hombres y las mujeres, y sus chicos, tienen y mantienen de conseguir una poca seguridad: comer regularmente, de entrada; mitigar enfermedades; disfrutar de una pequeña vacación pagada; que le entiendan a uno en un lugar, si no exactamente sagrado, que no hace falta, apacible. Y lo del entierro todavía es una vanidad: en castellano dicen que «a burro muerto, la cebada al rabo»...

He observado que estos problemas suelen quedar bastante desplazados por otros de aspecto más suntuoso, sean «revolucionarios», sean «reaccionarios». La «verdad» implacable es

la «vida»: sobrevivir. La «plusvalía» ya es una referencia intelectual y remota. Si, alguna vez, un «mirón» de la posteridad nos acusa de cobardes, con su pan se lo coma. ¿«Cobardía»? El vocablo, a estas alturas, viene a ser un arcaísmo. Sólo en los panfletos «ultras» es frecuente, como acusación a una clientela previsible, que no actúa como la voz de mando pide... Por supuesto, no todo es una cuestión de aspirinas. No todos los dolores son de muelas. Hay, de por medio, el «miedo», que es un no sé qué tan importante, o más, que las úlceras de duodeno y los fallos de otras muchas vísceras. Hablo, ahora, del «miedo» que proviene de «fuera»: de una amenaza extrafisiológica o extranatómica. Cuando hay «miedo», ¿quién no es cobardo?... Se podrían citar enormes casos de «cobardía» personal, por descontado, y colectiva: casos horribles. Superar el «miedo» es, de entrada, una forma de «heroísmo». Los toreros clásicos acuñaron una definición excelsa de la «valentía». «Ser valiente» es «tener miedo» y «aguantárselo». No es sencillo, eso. Y a la vista está... Todos somos «cobardes», unos más y otros menos —yo, de los que lo son más—: ¿qué haremos, pues?... El «miedo» no es ninguna entelequia. Su alcance varía según los países y las legislaciones. No pertenece a la misma esfera de inclemencias que la caries dental o la llaga en el intestino. Se trata de un «dolor» diferente. Infligido de hombre a hombre... Unos tienen la sartén por el mango, y el resto se «acobarda». El enfrentamiento no es irreversible. Pero el material humano básico, cada día más, se contenta con... «Pan y toros», y valga el giro castizo. «Pan y toros y miedo» sería lo exacto, en cuanto a fórmula. Ya lo era en tiempos de Nerón.

Dejo en el aire mi personal perplejidad...

Joan FUSTER

**I.A.G.** ...EL MUEBLE DISEÑADO CON MENTALIDAD EUROPEA

RECUERDA A SUS CLIENTES LA OFERTA ESPECIAL DE UN DORMITORIO LACADO.

TRES RAZONES POR LAS QUE VENDEMOS TAN BARATO:

- 1.ª SOMOS FABRICANTES.
- 2.ª NUESTRO GRAN VOLUMEN DE PRODUCCION.
- 3.ª VENDEMOS A TRAVES DE NUESTRA CADENA DE ESTABLECIMIENTOS:

<b>BARCELONA:</b> Rocafort, 83 Tel. 223 51 71 Joaquín Costa, 50 Tel. 232 09 55	<b>BADALONA:</b> Alfonso XIII, 546 Tel. 389 08 58 Zaragoza, 18 Tel. 389 14 58	<b>CENTRAL:</b> SAN CUGAT DEL VALLES: Dos de Mayo, 18 Tel. 274 09 95	<b>RUBI:</b> Justicia, 8 Telefono 299 02 85	<b>SABADELL:</b> Narciso Giralt, 15
--	---	---	---	--

SOLICITE CATALOGO GRATUITO A: I.A.G. ESPAÑOLA Aptdo. 33 - SAN CUGAT DEL VALLES BARCELONA

**CIPRES** LE INSTALARA UN CUARTO DE BAÑO DE ENSUEÑO.



Llame al teléfono 227 56 92 o visite nuestra exposición en MAYOR DE GRACIA, 245 ...y presupuestaremos y proyectaremos sin ningún compromiso de su parte la reforma de su cocina o cuarto de baño.

- PAVIMENTOS
- MUEBLES DE COCINA
- ALBAÑILERIA
- FONTANERIA
- ELECTRICIDAD
- PINTURA Y EMPAPELADO

TIEMPO MINIMO... ¡Y CON FACILIDADES DE PAGO!